

Contenido

PRESENTACIÓN	11
INTRODUCCIÓN	15
1. Diáspora-Galut	24
2. “Los deportados de Jerusalén que están en Sefarad” (Abdías, 20)	29
3. ¿Una esperanza dos veces milenaria?	38
Capítulo 1	41
GALUT. EL JUDAÍSMO TRADICIONAL	41
1. “Galitzia es un país lleno de judíos y piojos”	46
- Vivir en mundos divididos	48
- Espíritu pionero, aventurero e innovador	51
- Constante inseguridad	55
2. Dormir con las maletas hechas	59
- Oficios de frontera	62
- Renegados y fugitivos	65
- Las nuevas fronteras	67
3. Los gases nobles	70
- Los altos muros del gueto: refugio y cárcel	72
- “El que nos dispersó nos recogerá”	84
- “A noble spirit embiggens the smallest man”	86
4. Tres mil ducados	88
Capítulo 2	93
DIÁSPORA. EL JUDAÍSMO MODERNO	93
1. Modernidad judía	95
2. ¿Nostalgia de Mitteleuropa?	118
3. Las otras diásporas	122
- Los judíos errantes del Este de Europa	123
- Los Solal de Cefalonia	127
- El gato del rabino	129
- Bajo el Sacro Imperio Protestante	131
4. ¿Dónde estaba Dios en Auschwitz?	138

Contenido

Capítulo 3	151
SIONISMO: UNA SOLUCIÓN MODERNA PARA UN VIEJO	
PROBLEMA	151
1. Nos acomodamos al mundo.....	155
- Ojalá fuera neozelandés.....	157
- <i>Binpol oyebja</i>	159
- Herodes, mon amour.....	165
2. La ciudad blanca cumple cien años.....	170
- Un Estado que todos soñaron diferente.....	175
- Canción triste de Jaffa Street.....	179
3. Quo vadis, Israel?.....	188
- El violinista de Nablus.....	192
- Esperando al Mesías.....	195
Capítulo 4	199
LA HISTORIA CONTINÚA	
1. Declaración de independencia, ¿acta de defunción de la	
Diáspora?	199
2. Volver a Berlín.....	205
3. La historia continúa	210
- Bienvenidos al mundo de las migraciones.....	210
- Malsín	212
APÉNDICE: Declaración de independencia del Estado de Israel.....	219
BIBLIOGRAFÍA	225
GLOSARIO DE TÉRMINOS EN HEBREO Y EN YIDDISH	231

Presentación

El tema y estructura de este libro tienen su origen en una conferencia que dí en septiembre de 2008 en un curso de verano de la Universidad de Pamplona. *Entre la Tierra de Israel y la Diáspora*; este tema, propuesto por María del Mar Larraza, fue todo un reto que me ha dado la oportunidad de reelaborar ideas previas y, al sistematizarlas, llevarme alguna que otra sorpresa que no esperaba. Tiene mucha razón Gelman cuando dice que “uno escribe para enterarse de lo que pasa”, pues nunca sabes lo que quieras decir hasta que lo has escrito.

Si algún interés puede tener este libro es precisamente el que su autor no es judío. Como historiador no judío creo que mi deber es ofrecer una mirada crítica, respetuosa, pero crítica, del pasado judío. Algunas opiniones serán erróneas, otras necesitarán ser matizadas, etc., pero habrá alguna que tenga su interés y que sirva de acicate a aquellos que lo lean.

Tengo que reconocer que escribir este libro me ha servido para perfilar y definir algunas ideas, lo que sólo se consigue poniéndolas por escrito. Y te llevas algunas sorpresas. En este pequeño libro voy a realizar un rápido recorrido por dos mil años de historia, un período de tiempo que puede parecer enorme para la historia de cualquier otro pueblo, pero no para un pueblo antiguo y memorioso, superviviente de las grandes culturas

Presentación

del Próximo Oriente Antiguo, que vive en el año 5770 de su calendario.

Alguien se preguntará si se puede hacer un rápido recorrido por dos milenios de historia. Yo espero haberlo conseguido, con mayor o menor fortuna, en este libro. No van a encontrar un recorrido cronológico por los acontecimientos y sí muchas lagunas, pero confío que les anime a seguir profundizando en la historia de los judíos. Les propongo una reflexión sobre la vida y la identidad judías en la Diáspora desde la fecha mítica del año 70 d.C., cuando los romanos destruyeron el Segundo Templo, hasta nuestros días.

En este momento, el autor tendría que hacer una larga lista de agradecimientos. Con los autores leídos tenemos, por lo general, una relación distante, pero la distancia se acorta en las charlas con amigos o compañeros, en las preguntas y observaciones de los alumnos. A veces, la idea permanece latente, dormida y, cuando aparece, la creemos original. A estas alturas de la vida en la que la memoria ya flaquea, ya no sé lo que es original y lo que es copia (cita, apropiación), dónde leí o quién me sugirió tal o cual idea. Se ha dado también el caso de una idea surgida de una mala interpretación o un recuerdo vago: cuando he ido a comprobar la cita me he dado cuenta de que no era exactamente como yo lo recordaba y lo daba como seguro. He mantenido, sin embargo, la idea tal como la recordaba, porque son numerosos los casos en los que una mala o defectuosa mirada ha dado origen a nuevas perspectivas de análisis.

En suma, todo aquello que ustedes encuentren sugerido, todas las ideas y opiniones más o menos brillantes tienen una autoría múltiple y, por lo general,

anónima, pues he evitado las referencias y las notas a pie de página. Espero que les sirvan, les animen a reflexionar y las utilicen, como yo hice en su momento. No les quepa duda alguna, los errores que encontrarán son de mi exclusiva responsabilidad.

“Los nietos son el premio que Dios nos da por no haber matado a nuestros hijos”, dice el rabino ante las preguntas que Ariel, el protagonista de la película de Daniel Burman *El abrazo partido*, le hace acerca del divorcio de sus padres. Salvando las distancias, ya que no somos familia ni vivimos en Buenos Aires, agradezco al editor Jesús Peláez la paciencia que ha tenido conmigo hasta conseguir tener en sus manos el texto de este libro, y que haya reprimido las ganas que, en algún momento, ha debido tener de renunciar a semejante empresa. Espero que le haya valido la pena y, lo que es más importante, que le sea de utilidad al lector.

José Ramón Ayaso
Granada-Cartagena, Navidades de 2009

Introducción

Hace unos meses, Jacobo Israel Garzón, presidente de la Federación de Comunidades Judías de España (FCJE) y los representantes del *Movimiento contra la Intolerancia* anunciaron la creación de un “observatorio de antisemitismo” en España, una iniciativa novedosa en nuestro país, ya que en éste no existe una tradición en la lucha contra el antisemitismo como la que hay en otros países europeos y, en especial, en Estados Unidos. Tenemos que dar la bienvenida a iniciativas de este tipo que van haciendo cada vez más visibles a las comunidades judías actuales: las juderías, que con tanto orgullo se enseñan a turistas y visitantes en Toledo, Segovia, Girona, Córdoba y otras ciudades, son juderías muertas, juderías sin judíos, museos. Nos olvidamos de que hay otras juderías, pequeñas y muy discretas, quizás demasiado discretas, que se debaten entre seguir ocultas o apostar por la visibilidad y empezar a tener cierto protagonismo público. Éstas han empezado su proyección pública manifestándose a favor de Israel ante lo que consideran un tratamiento injusto del Estado judío por buena parte de los representantes de la sociedad española, partidos, organizaciones y medios de comunicación. Ahora le ha tocado el turno al mayor miedo que tienen los judíos de la Diáspora: que el antisemitismo renazca con fuerza en Europa y que, como

Introducción

el dragón de los cuentos, salga de la celda de marginación donde de momento permanece recluido.

Por tanto, a pesar de que se puedan producir errores a la hora de valorar el carácter e importancia de algunas manifestaciones antijudías u otros incidentes, el citado observatorio es una iniciativa muy necesaria. Los españoles nos creemos a salvo de los horrores del siglo XX, algo a lo que contribuyó en buena parte la propaganda franquista que, una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, presentó como política de Estado lo que sólo fue la iniciativa de algunos valientes diplomáticos españoles. Cuando éstos decidieron salvar del peligro de ser deportados a algunas familias de judíos sefardíes de los Balcanes, que tenían la ciudadanía española desde la época de la dictadura de Primo de Rivera, diplomáticos como Ángel Sanz Briz, Sebastián Romero y otros, a los que recientemente ha dedicado una exposición la *Casa Sefarad Israel* (“Visados para la libertad”), no sólo se tuvieron que enfrentar a los nazis, o a los regímenes pronazis como el de Bulgaria, Rumanía y Hungría, sino también al gobierno español, que no mostraba un gran interés en esas acciones humanitarias y ponía unas condiciones muy restrictivas.

Lo que los judíos españoles tengan que decir acerca de cómo se consideran tratados por el resto de la sociedad española y la cultura mayoritaria es bienvenido. Necesitamos escuchar a los otros, prestar atención a lo que nos digan, aunque nos moleste, y con ellos distanciarnos de la imagen sospechosamente autocomplaciente que, por lo general, tenemos de nosotros mismos.

No hay nada más aburrido y previsible que los relatos y festejos oficiales en los que se transmite la his-

toria de los pueblos. Esa memoria colectiva siempre se compone de los mismos elementos, ya fastos, glorias, victorias... que nos recuerdan lo buenos, grandes y admirables que hemos sido en el pasado, y que seguimos siendo, ya derrotas, desastres, fracasos... que nos muestran lo mal que otros pueblos nos han tratado. Lo primero nutre y fortalece al orgullo patrio, lo que, en mis tiempos de colegial, se llamaba “formación del espíritu nacional”; lo segundo mantiene vivos odios, rencores, agravios y deseos de revancha. No suelen existir días en nuestro calendario que nos exijan revisar nuestras acciones, valorar nuestros yerros y pedir perdón. No, esos días no abundan. Algunos nos previenen sobre las consecuencias negativas de escarbar en el pasado: es preferible no remover el pasado, olvidar, no sea que se cree crispación y división. Están en un error, porque, si bien hay un buen olvido, necesario y aconsejable (por ejemplo, el olvido sobre el que se está construyendo la Unión Europea: —¿quién se acuerda del día de Sedán que tan importante era para la nación alemana en los años de infancia de Walter Benjamin en Berlín?—, hay, sin embargo, acontecimientos que deben mantenerse en el recuerdo como memoria moral. La memoria del Holocausto entraría en esta categoría.

Las fiestas cristianas de Navidad y Año Nuevo son fiestas de excesos en todos los sentidos. Aunque también son momentos del balance y de los buenos propósitos, éstos sólo se quedan en mera impostura en consonancia con la frivolidad general. El Año Nuevo Cristiano no tiene nada que ver con el Año Nuevo Judío. Rosh ha-Shaná no es una fiesta propiamente dicha: desde el Año Nuevo hasta el Día de la Expiación

Introducción

(Yom Kippur) discurren los “días terribles”, en los que se hace examen de conciencia y se renueva el pacto con Dios.

Resulta extraño que no haya en nuestro calendario algún día incómodo, un día que nos obligue a bajar-nos del pedestal del orgullo patrio y, más aún, cuando hay acuerdo general en que el ser humano ha logrado aprender más de sus errores que de sus aciertos. Quizás el ejemplo más interesante de construcción de la nueva memoria colectiva en Europa sea el de Alemania y la cultura del Holocausto. Alemania es el ejemplo a seguir. Le ha costado tiempo, y no se ha conseguido sin la oposición de los que apostaban por echar tierra y olvidar, pero su valiente mirada hacia el pasado re-ciente es digna de elogio. El resto de las naciones y de los pueblos siguen aferrándose a su pasado glorioso: Rusia sigue celebrando las glorias del Stalinismo, Japón no termina de pedir perdón por la ocupación del Sures-te asiático durante la Segunda Guerra Mundial, etc. Las víctimas se han obligado a no olvidar, y han vencido a los regímenes totalitarios que se creían capaces de controlar la memoria y dictar la historia: por fin se ha reconstruido lo que pasó en el bosque de Katyn, tema de una reciente película del director polaco Andrzej Wajda. Además, se abren otros caminos: si Rusia se sigue aferrando a la versión oficial de la historia soviética y a las glorias de la Gran Guerra Patriótica, y se ha creado una *Comisión para prevenir la falsificación de la historia en detrimento de los intereses de Rusia*, una especie de Ministerio de la Verdad, como la califica Monika Zgustova en un artículo de opinión (El País 18-9-2009), los investigadores pueden consultar los fondos documentales de la vecina Ucrania.

No se ha producido de momento una asunción del pasado como la realizada en Alemania, pero se producirá en el futuro. Tendrán que hacerlo también las antiguas potencias coloniales: Francia, que ha tenido que reconocer los efectos negativos del régimen colonial después de que la Asamblea proclamara sus bondades; también España que asiste como testigo a la segunda fase de la independencia de América Latina, la que está desplazando a los criollos en favor de los indígenas.

Estamos, como decía un columnista de *El País*, en el siglo de las compensaciones, de los pueblos que exponen sus agravios y exigen compensación. Los judíos han sido los primeros. No serán los únicos.

Nos tendremos que preparar para algo a lo que no estamos acostumbrados, y menos públicamente: a pedir perdón. Recuérdese el acto presidido por el rey en la sinagoga de Madrid en 1992, ceremonia muy compleja de organizar que supo a poco. No se pidió perdón, no se derogó el edicto de expulsión de 1492. Los argumentos dados sonaron a mera excusa. Lo mismo estamos viendo hoy ante una iniciativa parlamentaria de José Antonio Pérez Tapias que pedía un reconocimiento público a los descendientes de los moriscos expulsados por Felipe III en 1609.

Tampoco estamos acostumbrados a perdonar. Esa cultura del perdón es todavía una asignatura pendiente.

Además de esperar a que los otros nos hablen o nos expongan sus opiniones, alabanzas o quejas, también podemos mirar con sus ojos, acercarnos a su realidad e intentar comprender sus razones. La curiosidad, el interés por el estudio de otras gentes y culturas, es

Introducción

una de las contribuciones más interesantes de la cultura occidental.

Nos convertimos en viajeros, nos vestimos con otras ropas y nos introducimos en la vida de los otros. Como en el popular cuento de Mark Twain *El príncipe y el mendigo* (The Prince and the Pauper. A Tale for Young People of all Ages) salimos de nuestros cómodos apartamentos y nos introducimos en un mundo exterior que no sólo desconocíamos, sino que, a veces, incluso ni sabíamos que existía.

Para que esta mirada exterior sea valiosa el observador no debe perder su identidad, dejar de ser él, como un romántico Lawrence de Arabia, o Zellg, el personaje de Woody Allen, quien, a fuerza de querer agradar, terminaba siendo afroamericano, indio americano, etc., dependiendo de la persona con la que estuviera, lo que le valió el título del “camaleón humano”. Ciento, la mirada exterior está mediatisada por prejuicios y estereotipos,... pero tiene también sus ventajas. ¿O es que un observador interior no tiene prejuicios y no maneja asimismo estereotipos? La mirada exterior contrarresta la autocomplacencia, autojustificación a la que conducen ciertos estudios en los que el corazón y la cabeza están demasiado implicados.

El primer artículo de opinión que leí de Daniel Innerarity en el diario *El País* trataba precisamente de la distorsión que se producía cuando el sujeto que realizaba el estudio y su objeto eran los mismos. Estudios de mujeres hechos por mujeres, *queer studies* realizados por homosexuales y lesbianas,... en fin, estudios sobre los judíos realizados exclusivamente por judíos.

En este tipo de estudios se suele abusar de los superlativos en las conclusiones, y el superlativo es el más

subjetivo de los grados del adjetivo. Hace poco asistía en mi universidad a la proyección de un documental sobre los árabes en el cine de Hollywood en el que se sostendía que el pueblo árabe era el pueblo más vilipendiado en la historia del cine. Cualquier otro pueblo (judío, africano, indio, etc.) podría haber hecho un documental similar y llegar a la misma conclusión.

Si algún interés puede tener este pequeño libro es precisamente el que su autor no es judío. Como historiador no judío creo que mi deber es ofrecer una mirada crítica, respetuosa pero crítica, del pasado judío. Algunas opiniones serán erróneas, otras necesitarán ser matizadas, etc., pero habrá alguna que tenga su interés y que sirva de acicate a aquellos que lo lean.

Tengo que reconocer que escribir este pequeño libro me ha servido para perfilar y definir algunas ideas, lo que sólo se consigue poniéndolas por escrito. Y te llevas algunas sorpresas. Tiene razón Juan Gelman cuando afirmaba que “uno escribe para enterarse de lo que pasa”, pues nunca sabes lo que quieras decir hasta que lo has escrito.

En este pequeño libro voy a realizar un rápido recorrido por dos mil años de historia, un período de tiempo que puede parecer enorme para la historia de cualquier otro pueblo, pero no para un pueblo antiguo ymemorioso, superviviente de las grandes culturas del Próximo Oriente Antiguo, que vive en el año 5770 de su calendario.

Alguien se preguntará si se puede hacer un rápido recorrido por dos milenios de historia. Yo espero haberlo conseguido, con mayor o menor fortuna, en este libro. No van a encontrar un recorrido cronológico por

Introducción

los acontecimientos y sí muchas lagunas, pero confío que este anime a seguir profundizando en la historia de los judíos. En este propongo una reflexión sobre la vida y la identidad judías en la Diáspora desde la fecha mítica del año 70 d.C., cuando los romanos destruyeron el Segundo Templo, hasta nuestros días.

La identidad judía siempre es conflictiva, pues el pueblo judío no es un pueblo cualquiera, es un pueblo que se considera elegido por Dios y que, por esto, debe mantener una relación estrecha con un Dios único, celoso, pero justo, señor de la Historia. La existencia de los judíos en la Diáspora es, por tanto, doblemente conflictiva, porque evidencia la enorme distancia entre el pretendido carácter Santo del pueblo y su, en el mejor de los casos, mediocre existencia terrena. “Cuando el Eterno te quiere no puede hacerte esto”.

Aunque pueda haber tenido alguna consecuencia positiva como parte del plan de Dios en la Historia (por ejemplo, que el pueblo judío se convierte en “una luz entre las naciones”), la dispersión de los judíos por el mundo siempre se ha visto como un castigo por los pecados pasados o presentes, generales o particulares, del pueblo. Los judíos nunca han dudado de Dios y raramente se han visto reflejados en la figura trágica de Job: lo han defendido siempre a pesar de fracasos, desastres, derrotas y decepciones.

El Dios de Israel no es el Dios que aparece en un dicho popular español, que es un certero disparo en la línea de flotación de la retribución divina:

*Vinieron los sarracenos y nos molieron a palos,
que Dios ayuda a los malos cuando son más que los
buenos.*

El Dios de Israel nunca está con los malos, a menos que su pueblo haya pecado y utilice a las naciones extranjeras como instrumentos de su Justicia.

En fin, ningún Dios ha tenido un pueblo tan fiel y sumiso. Dios debe estar muy orgulloso de su pueblo. Yo no creo en elecciones que hipotecan el futuro de las siguientes generaciones por el peso de la responsabilidad, no me gustan. Entre Dios y su pueblo, prefiero el pueblo, que es, sin duda, mucho mejor que su Dios.

Desde fuera, desde el mundo cristiano, también se ha abusado de la retribución divina para interpretar la triste situación del pueblo judío, condenado por sus pecados a eterno vagar y a vivir en servidumbre entre los cristianos, como se recoge, por ejemplo, en las leyes sobre los judíos recogidas en las Siete Partidas de Alfonso X el Sabio.

En una ocasión escuché a un obispo que, durante la celebración del Corpus Christi, afirmaba que los cristianos tenían razones para estar alegres, porque “nuestra historia acaba bien”. La existencia de los judíos, el otro por excelencia en la Europa cristiana, los extranjeros que había que tolerar (sufrir), ha sido muy instructiva, una fuente de seguridad y orgullo, pues ha recordado a generaciones de cristianos que la historia para el cristiano acaba bien.

Para finalizar, me viene a la memoria aquel fragmento poético moralizante de *La Vida es Sueño* de Pedro Calderón de la Barca:

Cuentan de un sabio que un día
tan pobre y mísero estaba,
que sólo se sustentaba
de unas hierbas que cogía.

Introducción

¿Habrá otro, entre sí decía,
más pobre y triste que yo?;
y cuando el rostro volvió
halló la respuesta, viendo
que otro sabio iba cogiendo
las hierbas que él arrojó.

Todo cuento tiene varias lecturas, varios finales. Para unos, entre los que me cuento, la conclusión evidente es la que nos invita a ejercer la compasión y a poner en duda nuestras convicciones. Pero hay otra, quizás más realista. En una página de internet sobre folclore leí el siguiente comentario: “*el sabio pendejo se alegró al ver que había uno más pobre que él*”. Sin duda, los humanos somos muy *pendejos*, y soportamos mejor las penas pensando que hay alguien que lo pasa peor que nosotros.

1. DIÁSPORA-GALUT

El éxito del proyecto sionista, un verdadero *tour de force* con el destino, ha tenido interpretaciones muy diversas dentro y fuera del mundo judío. Aunque no se ha producido la redención mesiánica tanto tiempo esperada por el judaísmo tradicional, la creación del Estado de Israel se ha vivido con cierta sensación de final de la historia, de consumación de los tiempos tras el retorno de los descendientes de los judíos deportados a la sagrada tierra de sus ancestros. El esfuerzo ha sido extraordinario y el resultado milagroso para una mayoría que, al principio, vio con recelo al movimiento sio-

nista. Se ha cumplido una esperanza dos veces milenaria, como se dice en la segunda estrofa de *Ha-Tikva* (la Esperanza), himno del Estado de Israel.

*Todavía no ha cesado nuestra esperanza,
una esperanza de dos mil años.
Ser un pueblo libre en nuestra tierra,
la Tierra de Sión y Jerusalén.*

Conforme a esta visión, la historia en la Diáspora habría sido un simple paréntesis, largo y doloroso, pero felizmente superado. Con la creación del Estado, la Historia tiene, por fin, sentido; los sufrimientos no fueron en vano.

Como suele suceder, cuando se profundiza un poco nos damos cuenta de que la historia judía es mucho más compleja y, por supuesto, no acaba con la creación del Estado de Israel, por importante que sea. Sobre esa complejidad voy a reflexionar en estas páginas, evitando tópicos, mitos y destinos marcados por promesas, recompensas o castigos divinos.

Antes empezar nuestro recorrido creo necesario hacer unas puntuales terminologías.

Diáspora y *Galut* son los dos términos con los que, tradicionalmente, se ha denominado el proceso de dispersión de las comunidades judías por el mundo conocido.

El término más popular y universalmente conocido es el de *diáspora*. El verbo griego *diaspeíro* significa diseminar, dispersar, esparcir, distribuir, repartir, etc. Diáspora, por tanto, es *dispersión*.

Introducción

La Diáspora judía fue el resultado de un proceso largo y complejo. Aunque se insiste continuamente en la imagen de los deportados de Jerusalén, resulta evidente que la dispersión de los judíos no tuvo un único foco, ni una única causa, sino que en ella intervinieron múltiples factores. En concreto, nos olvidamos de que el judaísmo, en muchas de sus manifestaciones, fue atractivo a otras gentes tanto del Mediterráneo helenístico y romano como del Próximo Oriente Asiático. Como apunta Martin Goodman en el tercer volumen de la reedición de la obra clásica de Emil Schürer (*Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús*) el judaísmo antiguo se difundió como el resto de las religiones orientales o místicas, con las que compartía una serie de características comunes.

En todas ellas aparecen ciertos elementos de carácter monoteísta:

- En primer lugar, los fieles de Isis, Mitra, etc. pensaban que adoraban a una divinidad suprema y que los diferentes nombres de dioses eran, en realidad, denominaciones de la misma deidad.

- En segundo lugar, en las religiones orientales se insiste en la expiación de los pecados y en la purificación ritual de sus fieles.

- Por último, la mayoría de estos cultos ofrecían, de una manera u otra, la esperanza en una vida ultraterrena.

El judaísmo de la Diáspora en época helenística y romana se nos presenta como un judaísmo diverso, más abierto al mundo de los gentiles, que podían unirse al Judaísmo de muy diferente forma: se aprecia una gran diversidad de *status* en los prosélitos y temerosos de Dios. La misma diversidad que aparece en los restos

materiales, estudiados por E.W. Goodenough, autor del clásico *Jewish Symbols in the Greco-Roman World*. Este autor piensa que ese judaísmo fue desapareciendo con la difusión de los textos legales rabínicos. Primero, el Talmud de Jerusalén; después, el de Babilonia. ¿De qué libros disponían los judíos Hispanos antes de la llegada del Islam?

En el siglo I de nuestra Era, Filón de Alejandría y Flavio Josefo nos dan testimonio de esa *diaspora felix*. Para Filón, la ciudad-santuario de Jerusalén era la meetrópoli de unas colonias judías extendidas por toda Europa y Asia, tanto en las islas como en el continente (*In Flaccum* 7, §§ 45-46; *Legatio* 36, §§ 281-282). Josefo, en un conocido pasaje de su *Contra Apión* (*Ap* II, §§ 282-283), insiste en el atractivo de las prácticas judías:

Ciertamente, muchos pueblos, y desde hace mucho tiempo, muestran un gran interés por nuestras prácticas piadosas. No hay una sola ciudad griega, ni un solo pueblo bárbaro donde no se haya extendido nuestra costumbre del reposo semanal y donde no se guarden los ayunos, los encendidos de lámparas y muchas de nuestras reglas respecto a la comida. Intentan imitar nuestra concordia, nuestra generosidad, nuestro amor al trabajo en los diversos oficios y nuestra fortaleza en las torturas sufridas por las leyes (traducción de María Spottorno y J. R. Bustos Sáiz, *Autobiografía. Sobre la Antigüedad de los Judíos [Contra Apión]*, Alianza, Madrid 1987).

El carácter apologético de estas obras nos obliga a matizar esas afirmaciones tan generales y triunfalistas, pero no se puede discutir su fondo de verdad.

Introducción

El término hebreo que se ha utilizado en la tradición judía es el de *galut*. Galut y diáspora no son estrictamente sinónimos. *Galut*, de la raíz *glb-2*, significa “exilio, deportación, opresión”. No hace falta ser muy agudo para apreciar una diferencia clara entre ambos términos. *Galut* siempre tiene un matiz negativo, doloroso. Vivir en *galut* es vivir el desarraigado, sentirse alienado, extraño y perseguido. Aunque las condiciones en las que se produjo el asentamiento, la existencia o no de Estado judío y la presión exterior son importantes, no son determinantes para que el judío se sienta en *galut*. Algunas comunidades ultraortodoxas actuales siguen viviendo en *galut*, aunque estén en Israel o en Estados Unidos.

Otra diferencia importante es que la visión tradicional (con el uso de términos como *galut* o *golâ*) es más simplista que el modelo de la Diáspora, que admite una amplia gama de colores, matices y situaciones, y es el más adecuado para abordar la realidad compleja de la historia judía. La Diáspora fue el resultado de un proceso múltiple, no necesariamente traumático, en que hubo, como he dicho antes, diferentes focos difusores, de la misma manera que sucedió con la expansión del Cristianismo.

En época más reciente se ha comenzado a utilizar en hebreo también *tefutsot*, que encontramos, por primera vez, en un pasaje del Antiguo Testamento que plantea a los biblistas algunos problemas de lectura:

“Gemid, pastores; gritad, revolcaos, mayorales del rebaño; os ha llegado el día de la matanza y *y de vuestra dispersión*, y caeréis como carneros hermosos” (Jr 25,34; traducción de L. A. Schökel, *Nueva Biblia Española*, Ed. Cristiandad, Madrid 1975).

Tefutsot (plural de *tefutsá*, dispersión, difusión, es-

Los deportados de Jerusalén que están en Sefarad

parcimientito, etc.) es la más exacta traducción al hebreo del término diáspora, como recoge Eliezer Ben Yehudah en su *Diccionario completo del Hebreo antiguo y moderno*. Al igual que los otros dos términos, *tefutsot* también se utiliza para designar a los países o territorios en los que se asentaron los judíos.

A pesar de la ampliación del campo semántico en hebreo, la visión tradicional sigue imponiéndose. Tal es la fuerza del mito, como puede constatarse en el discurso expositivo del Museo de la Diáspora (*Bet ha-Tefutsot*) de la Universidad de Tel Aviv, que se abre con un reproducción del arco de Tito y de los grandes bloques de piedra del templo de Herodes.

2. “LOS DEPORTADOS DE JERUSALÉN QUE ESTÁN EN SEFARAD” (ABDÍAS, 20)

La edición francesa de *Zajor* de Yosef Hayim Yerushalmi (*Zakhor. Histoire juive et mémoire juive*. Paris, La Découverte, 1984) se cierra con una interesante entrevista al autor. La última pregunta es sobre el origen de su apellido. Yerushalmi tiene dos versiones y deja a su entrevistador la libertad de elegir la que considere más bella.

- La primera era la que le contaba su padre antes de que se durmiera: cuando Jerusalén fue destruida por los romanos, sus antepasados salieron de la ciudad rumbo al exilio. Durante su marcha, volvían la cabeza para ver la ciudad en llamas y se prometieron que nunca lo olvidarían, tomando, entonces, el nombre de *yerushalmi* (el de Jerusalén, el jerosolimitano).

Introducción

- La segunda se basa en este relato: Durante su adolescencia, Yosef Hayim Yerushalmi descubrió que la mayor parte de los judíos askenazíes europeos no habían tenido el mismo apellido en el siglo XIX. Habló con su padre y le pidió que le contara la verdad. Su familia paterna procedía de Ucrania. Un día, el zar, probablemente Nicolás I, obligó a los judíos a tomar un apellido para proceder al censo de la población y al cobro de impuestos. Vivían en una aldea que Yosef nunca pudo encontrar en un mapa: Goloskov. Unos tomaron el nombre de la aldea para su apellido, y pasaron a llamarse *Goloskover*, pero su antepasado tomó el de *Yerusalimsky*, porque *todavía abrigaba la esperanza de vivir algún día en Jerusalén*. A raíz de la Revolución Rusa, su padre emigró a Palestina como *halutz* y no tuvo necesidad de cambiar de apellido. *Yerusalimsky* se convirtió automáticamente en *Yerushalmi*. Más tarde, en 1928, por motivos de salud, un tío de América lo invitó a los Estados Unidos donde se instaló definitivamente y donde nació Yosef.

El mito fundador por excelencia de la Diáspora, entendida como Galut (deportación), es la destrucción del Segundo Templo en el año 70 d.C. Si una imagen vale más que cien palabras, no hay una imagen que mejor ilustre este mito fundador que el relieve del Arco de Tito en el que se representa el desfile triunfal de Vespasiano y Tito en Roma y aparece, entre los despojos traídos a esta ciudad, la menorá del Templo, el candelabro de los siete brazos que hoy se reproduce en el escudo del Estado de Israel.

El historiador judío Yosef ben Matatías, más conocido por el nombre que adoptó tras recibir la ciudadanía romana, Tito Flavio Josefo, nos ofrece un relato completo del desarrollo y desenlace de las operaciones militares al final de la Primera Guerra Judía contra Roma (66-70 d.C.): los conflictos entre los líderes de la resistencia judía en la Jerusalén asediada, la conquista de la ciudad, la destrucción y saqueo del Templo, el destino de algunos de los prisioneros, los detalles del desfile triunfal de Vespasiano y Tito en Roma, el suicidio de los que se refugiaron en la fortaleza de Masada, etc. En ningún momento se habla de una deportación en masa, como los imperios orientales del primer milenio a.C. solían hacer, para asegurarse el control y sometimiento de los territorios de reciente conquista. Tampoco se produjo una masiva colonización del territorio que cambiase radicalmente la composición demográfica de la provincia de Judea.

La obra de Josefo que, como afirmaba Pierre Vidal Naquet, se convirtió en una especie de “quinto evangelio” para los cristianos, fue desconocida por la tradición judía hasta bien entrada la Edad Media. El vacío no fue ocupado por otro relato alternativo que tuviera la complejidad y riqueza de la obra de aquél. Se perdieron los otros testimonios contemporáneos, que habrían matizado el testimonio prorromano y autoexculpatorio de Josefo, y, posteriormente, el género historiográfico, que tan importante fue en períodos anteriores de la Historia y Cultura del Pueblo Judío, perdió interés y terminó por desaparecer casi por completo de la producción del Judaísmo Rabínico Clásico. Los Sabios judíos pusieron todo su esfuerzo en lo más urgente, el estudio, sistematización, ampliación y transmisión de la Ley Oral.

Como en la novela de Ray Bradbury *Fahrenheit 451*, en la que un grupo de hombres y mujeres se comprometen a memorizar un libro, para conservar la libertad y cultura en un régimen totalitario que prohibía los libros, labor de memorización y estudio, necesaria para que el Judaísmo sobreviviera sin el Templo y su sacerdocio, que absorbió todas las energías de muchas generaciones de *talmidey jajamim* (aprendices de sábios).

Sin Josefo y sin una verdadera historiografía, en lugar de un relato pormenorizado, la tradición judía va a elaborar un absoluto paralelismo entre las destrucciones de los dos templos: el templo de Salomón, destruido por Nabucodonosor de Babilonia en 586 a.C. y el templo de Herodes, por Tito en 70 d.C. El relato más pormenorizado de la conquista y destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor, que leemos en los libros proféticos, contaminó la memoria de la segunda destrucción, más reciente, pero que, al carecer de un buen registro contemporáneo, era más fácilmente maleable.

La comparación entre ambas destrucciones fue inevitable. Los líderes que se rebelaron contra Roma se vieron protagonizando el mismo papel y adoptaron la misma actitud trágica de los que siglos antes, a principios del siglo VI a.C., habían sido testigos del fin del reino de Judá. El mismo Josefo se vio a sí mismo como un nuevo Jeremías. Además, al establecer un paralelismo entre esos dos acontecimientos se estaban dando razones para la esperanza en una pronta restauración del Templo y, con ella, quién sabe qué otros acontecimientos de orden cósmico. Apocalipticismo y mesianismo vivieron un momento de efervescencia que culminó con la revuelta de Simón ben Kosiba, al que sus

seguidores reconocieron como mesías, como el Hijo de la Estrella (= *Bar Kojba*).

Para completar el paralelismo, ambas destrucciones pasaron a recordarse, desde muy pronto, en el mismo día, el fatídico *tishá be-ab*, el 9 del mes de Ab.

“Cinco cosas acaecieron a nuestros padres el 17 del mes de Tamuz y cinco, el 9 del mes de Ab. El 17 del mes de Tamuz fueron rotas las tablas de la Ley, cesó el sacrificio cotidiano, se abrió brecha en la ciudad, Apóstomos quemó el rollo de la Torá y colocó un ídolo en el templo. El 9 de Ab fue decretado a nuestros padres que no entrasen en la tierra de Israel, fue devastado el templo por primera y segunda vez, fue conquistada Bet Tor y arada la ciudad. Entrado el mes de Ab, se restringen los regocijos” (*Misná*, tratado Taanit 4,6. Traducción de Carlos del Valle, 2^a ed. Sigueme, Salamanca 2003).

Las expectativas de redención no se cumplieron, y el Judaísmo palestinense encontró finalmente, bajo la dirección de los patriarcas de la casa de Gamaliel, la manera de encajar en el orbe romano. Los patriarcas realizaron una función similar a la de otras élites provinciales en el Imperio: servir de intermediarios entre el poder imperial y las gentes y pueblos sometidos. Los romanos supieron atraerse a esas élites, en un caso típico de política imperial que se podría definir usando una recomendación popular que el periodista Miguel Ángel Aguilar recogió en Barbastro: “Hacer que los demás se salgan con la nuestra”. Por otro lado, los patriarcas atendían a sus fieles, se preocupaban de sus problemas, realizaban una función protectora. Este buena función

Introducción

(*evergetismo*) fue, sin duda, el fundamento de su poder al establecer redes clientelares, obediencias y fidelidades.

Las condiciones de vida de los judíos en el Imperio Romano no sufrieron un cambio radical como consecuencia de las dos guerras judías en Palestina y la revuelta de la Diáspora en tiempos de Trajano. No se puede hablar, pues, de *Galut*. El Exilio, la deportación,... aparecen más tarde.

La cristianización del Imperio sí supuso un cambio radical. A partir de entonces, los judíos conocieron lo que es vivir en *galut*: servidumbre, marginación, persecución, etc. Este traumático proceso de alienación tiene claras similitudes con los dramáticos acontecimientos que vivieron muchos judíos europeos conforme el odio antisemita se adoptó como política de Estado. Los judíos dejaron de ser ciudadanos del Imperio, lo que tuvo como consecuencia que se reforzara una identidad basada en la foraneidad y la extranjería.

En el caso de Hispania tenemos un interesantísimo texto: la *Carta del Obispo Severo de Menorca* en la que se narra la conversión forzosa de los judíos de Mahón, una ciudad “infestada de judíos”, a principios del siglo V d.C. Los acontecimientos narrados en la carta se suelen fechar entre los años 416-418; sin duda se produjeron antes del 438, año de una *novella* de Teodosio II (*De Iudaeis,samaritanis, haereticis et paganis*) en la que se incluyen disposiciones que prohíben a judíos y samaritanos, ocupar cargos públicos, ser jueces, construir nuevas sinagogas, ser guardias de prisión y convertir a cristianos. También se condena el paganismo y una serie de sectas.

Luis García Moreno incluye una traducción de la carta como apéndice en *Los judíos de la España an-*

tigua (Ediciones Rialp, Madrid 1993). El investigador balear Josep Amengual, que le ha dedicado varios trabajos, ha publicado una monografía al respecto en la Universidad de Granada (*Judíos, católicos y herejes: el microcosmos balear y tarragonense de Seuerus de Menorca, Consentius y Orosius (413-421)*. Granada, 2008).

El detonante de los disturbios fue la llegada de un presbítero que desde Jerusalén traía las reliquias del beato mártir San Esteban. Los cristianos dejaron de saludar a los judíos, y la *caridad se convirtió en odio temporal por amor de la salvación eterna*.

El personaje más influyente de la comunidad judía de Mahón era un tal Teodoro, doctor de la ley y *pater patrum* de los judíos, quien también era un personaje importante en la ciudad, pues había ejercido todos los cargos de la curia, había sido defensor y seguía ejerciendo de patrono del municipio.

La tensión fue creciendo en la ciudad a la que llegó una multitud desde Iamona (Ciudadela), encabezada por el obispo Severo. A partir de este momento, los acontecimientos se precipitan. Los judíos se refugian en su sinagoga, que es destruida por los cristianos tras apoderarse de ella. “Todos sus objetos, exceptuados sus libros y la plata, los consumió el fuego, al igual que a ella misma [la sinagoga]. Nosotros —continúa Severo— *nos llevamos los libros sagrados, para que no sufrieran daño entre los judíos*, pero la plata se la devolvimos”.

Empiezan las huidas y conversiones; son las madronas judías aquellas que ofrecen más resistencia a la conversión. Cristo permitió que permanecieran algún tiempo en la dureza de su perfidia tan sólo tres mujeres, aunque de las más nobles entre los judíos. Una de ellas era Artemisa, esposa de Melecio e hija de Litorio,

Introducción

quien había sido gobernador de la provincia y se decía que era conde. Las otras dos eran la esposa y cuñada de Inocencio. Melecio e Inocencio eran dos personajes importantes: el primero era hermano de Teodoro y el otro había llegado a la isla junto con sus siervos huendo de los disturbios que asolaban la Hispania peninsular.

En total se convirtieron 540 almas. La sinagoga fue demolida y sobre ella se construyó una nueva basílica.

Pere de Palol i Salellas siempre se preguntaba si alguna de las basílicas paleocristianas excavadas en Menorca, como la de la Isla del Rey, podría haber sido en su origen la sinagoga destruida en tiempos del obispo Severo. Se suele pensar en algún hecho similar para explicar las fases de la sinagoga-basílica de Elche (Ilici), aunque algunos investigadores, incluidos los responsables del yacimiento de la Alcudia, donde se encuentra la Ilici ibérica y romana, rechazan la posibilidad de que fuera en algún momento sinagoga.

La imagen de la vida judía durante la Antigüedad Tardía que nos trasmiten los textos debe matizarse con la información diferente que nos proporcionan los descubrimientos arqueológicos: los restos de sinagogas por todo el Mediterráneo nos muestran que las comunidades judías prosperaron a pesar de la intolerancia oficial.

Los mitos fundacionales de las comunidades de la Diáspora y las leyendas, sagas y relatos de los que tan orgullosas se sienten las familias de la aristocracia judía a lo largo de la Historia se van a fijar en ambas des-

trucciones como manera de establecer un vínculo entre ellos y Eretz Israel (la tierra de Israel), fuente de autoridad y prestigio, destino anhelado de sus esperanzas de redención. Se confunden ambas. No se sabe cuándo se habla de una de ellas o de las dos, como sucede con la interpretación del célebre versículo 20 del libro de Abdías que populariza el topónimo Sefarad para referirse a la península Ibérica, Hispania, al-Andalus, Castilla, España, etc.

La identificación de Sefarad con Hispania se encuentra ya en el *targum*. Como muchos topónimos dudosos, la relación entre Sefarad e Hispania no habría salido del ámbito de las escuelas rabínicas si los grandes autores hispano-hebreos no lo hubieran popularizado. Éstos basaban su autoridad y prestigio en que no eran descendientes de una diáspora cualquiera, sino los descendientes de las familias más influyentes de Jerusalén, las más sabias e instruidas.

El granadino Moseh ibn Ezra (s. XI-XII) dedica un apartado a explicar la razón de la superioridad de la diáspora de al-Andalus en su *Kitāb al-muhādara wal-mudākara* (Libro de la disertación y el recuerdo). Tras explicar que los judíos llegaron a Sefarad (al-Andalus) y a Tsarfat (Francia) después de la destrucción del primer Templo, cuando reinaba en tierras peninsulares el rey Izdihāq, afirma que “no cabe duda de que las gentes de Jerusalén, a las que pertenece nuestra diáspora, eran las más conocedoras de la corrección en el idioma y en la trasmisión de la Ley divina” (*Kitāb*, cuestión 5^a, traducción de Montserrat Abulmahan, Ed. del Orto, Madrid 1999). Abraham ibn Ezra corrige a rabí Moseh y comenta que los judíos llegaron a Sefarad-Hispania cuando se produjo el *galut titus*.

Introducción

En la *Vara de Judá* de Selomoh ibn Verga, el sabio Tomás utiliza similares argumentos ante el rey de Sefarad para demostrarle que los judíos que habitan en su reino *son de estirpe real y una gran parte de ellos del linaje de Judá*. No le debe sorprender al rey hallar una familia que descienda del mismísimo rey David.

La poderosa familia sevillana de los Abravanel se jactaba de ese origen real. En el siglo XVII, Menasseh ben Israel, judío sefardí de Amsterdam, se sentía muy orgulloso de haber tomado por esposa a una Abravanel.

Hoy en día, “sefardí” se utiliza para denominar a los judíos orientales o que proceden de los países musulmanes, un grupo muy heterogéneo que tiene en común en que *no son askenazíes*.

3. ¿UNA ESPERA DOS VECES MILENARIA?

De todo lo dicho hasta ahora se puede sacar una primera conclusión que contesta a la pregunta con la que se abre esta introducción. Dos mil años es una cifra redonda y que da pie a todo tipo de elucubraciones cabalísticas, pero es históricamente incorrecta.

La Diáspora empezó antes del año 70 d.C. Los judíos empezaron a salir de Judea mucho antes de esta fecha mítica, y siguieron saliendo después, pero la Palestina romana nunca perdió su centralidad en el mundo judío, ya que mantuvo una población judía importante y unas instituciones reconocidas. El sentimiento de vivir en exilio no apareció hasta que el Cristianismo, primero, y el Islam, después, pusieran en práctica el

ideal del monoteísmo universalista que no dejaba otra opción que la conversión.

Siglos después, algunos judíos ilustrados y emancipados creyeron que el *galut* había finalizado con las reformas del Despotismo Ilustrado y, sobre todo, con las revoluciones burguesas que acabaron con el Antiguo Régimen. La liberación que recibieron con optimismo fue un breve espejismo. El *galut* tuvo una versión moderna y terrible en la Alemania nazi.

Hoy en día, la fundación del Estado de Israel tampoco ha cambiado el panorama. Sigue existiendo el *galut* en el que se mantienen las comunidades ultraortodoxas. Y también la Diáspora. Los tres modelos, paradigmas o cosmovisiones (*galut*, diáspora y Estado) coexisten. El futuro está abierto. La Historia continúa.